SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 23 DE NOVIEMBRE DE 2003

Turismo 12



Aventuras a raudales entre las cataratas y la selva del misionero Parque Nacional Iguazú


Deportes extremos. Un viaje en tirolesa por los techos de la selva.

"... el vértigo, el inmenso deseo de caer"
Milan Kundera

MISIONES *Aventuras entre la selva y las cataratas*

Vértigo en Iguazú

POR JULIÁN VARSAVSKY

Un viaje en gomón por los rápidos del río Iguazú para meterse de lleno en el violento salto San Martín. La adrenalina de colgarse "patas para arriba" de una soga desde la copa de los árboles y avanzar a toda velocidad sobre el techo de la selva con el sistema de la tirolesa. El torbellino de aguas de la Garganta del Diablo.

Por lo general una buena fotografía de paisaje lleva el sello artístico de su autor, quien siempre hace un recorte de la realidad y la embellece a tal punto que cuando la persona se presenta en el lugar se produce un efecto inicial de desilusión. A través de lo que no está presente en la foto –sugerido por lo poco que se ve–, uno se imagina un paisaje que después nunca se corporiza como se esperaba. Sin embargo, las Cataratas del Iguazú son el ejemplo paradigmático de exactamente lo contrario de todo esto.

Las Cataratas –por su amplitud, su sonido y su movimiento– son un objeto difícil de encerrar en una imagen, aun cuando se trate de un video, porque tampoco puede transmitir la vibración física del lugar, que repercute directamente en los huesos. Y lo otro que estará ausente en toda reproducción –por sobre todas las cosas– es el vértigo, "ese inmenso deseo de caer", tal como lo definió Milan Kundera. En su novela *La insoportable levedad del ser*, el escritor se plantea "¿por qué también nos da vértigo en un mirador provisto de una valla segura?". Y su respuesta –evocada frente a la Garganta del Diablo– inquietará los pensamientos de más de un viajero, aferrándolo con firmeza a la baranda: "El vértigo es algo diferente del miedo a la caída. El vértigo significa que la profundidad que se abre ante nosotros nos atrae, nos seduce, despierta en nosotros el deseo de caer, del cual nos defendemos espantados".

A LAS PUERTAS DEL AVERNO Un apacible trencito ecológico que avanza entre la selva nos lleva hasta la estación Garganta en busca del "leitmotiv" de esta excursión en la que experimentaremos esa seducción del vértigo que describió Kundera. Al descender del pequeño convoy, nos internamos por una extensa pasarela que avanza sobre todo lo ancho del río Iguazú Superior, que en este lugar se quiebra en los incontables brazos que más adelante irán cayendo a lo largo de los 2700 metros de sucesivas cataratas. Pero por ahora las aguas están calmas, casi inmóviles, y los saltos no se ven por ningún lado. A cada costado de la pasarela sólo se ve agua, y al frente se erige una muralla vegetal que nos tapa la visión. Un rumor de torbellinos lejanos nos alcanza desde lo profundo de la selva, y detrás de ella se divisa una nube blanca de rocío que se eleva hacia las alturas.

El balcón de pasarelas que desemboca en la Garganta del Diablo es tan abrupto, está tan encima de la catarata que su aparición repentina es una especie de apoteosis triunfal que deja estupefacto al más frío y racional de los mortales. A nuestros pies –a sólo un metro– un río suicida se arroja al vacío y revienta contra las rocas, para rebotar hacia arriba despedazado en violentísimas ráfagas de rocío. Justo al comenzar a caer, las aguas parecen quedar suspendidas en el aire por un instante frente a la cornisa de piedra. Y después –fruto del mismo efecto visual– comienzan a desplomarse como en cámara lenta. Abajo las espera el caos, las fauces de un gigante oculto entre las aguas de un cataclismo descomunal.

Desde el balcón que da a la Garganta del Diablo no hay mucho para hacer. Sólo mirar; y ni siquiera hay demasiado espacio para moverse. Sin embargo, nadie se quiere ir. El influjo de las aguas es muy poderoso, y una humedad absoluta impregna el ambiente; un fino rocío nos acaricia en todo el cuerpo al mismo tiempo. La experiencia de la Garganta no es para nada pacífica. Por todos lados nos ataca el estruendo bestial de 270 saltos que nos taladran en los oídos de manera constante. Abajo, millares de olas se estrellan entre sí en el epicentro de una caldera espumante que bulle como aceite hirviendo. Las cataratas forman una especie de círculo donde pareciera que las aguas del diluvio universal convergen en una garganta capaz de tragarse los mares de la tierra. Y a un costado, el semicírculo perfecto de un arco iris marca un extraño contraste de color, que más tarde desaparecerá también, tragado por las aguas.

LA GRAN AVENTURA Un gomón con piso rígido nos conduce a toda velocidad por los rápidos del río Iguazú hacia la boca de la Garganta del Diablo. Una poderosa acelerada nos obliga a sujetarnos a una soga y de repente se desata un torbellino de aguas que caen desde dos paredes de piedra, una a cada costado de la lancha. Los navegantes gritan como si llegara el fin del mundo, aunque naturalmente no ingresaremos a la temida Garganta. Pero como consuelo tendremos un baño bajo el salto Los Tres Mosqueteros. A pocos metros de nuestra embarcación rompe la catarata produciendo ráfagas de agua que nos azotan con violencia, y el juego resulta por demás divertido. Pero esto es sólo un avance.

Cuando todo parece haber terminado, damos una larga vuelta alrededor de la isla San Martín en busca de un salto con ese mismo nombre, uno de los más furibundos y caudalosos del parque. Cuando la lancha encara a toda marcha hacia el centro del salto, algunos gritan de alegría, y otros de pavor. Sin tiempo para pensarlo estamos inmersos en una densa nube de agua, y de repente pareciera que un cuerpo de bomberos completo abriese sus mangueras al unísono para atacarnos de lleno en la cara a chorros. La situación es desconcertante, porque llegado cierto punto ya no se ve nada salvo un rocío blanquecino, y bien podría pensarse que algo ha fallado y nos fuimos adentro de la catarata. Pero no, por supuesto; es sólo un juego erizante como seguramente no habrá uno solo que se le parezca en cualquier sucursal de Disneylandia.

Hijos del rigor, los turistas exigen a gritos un bis, y sin hacerse rogar el capitán traza una larga "U" con el gomón y los somete una vez más a nuevos baldazos de agua arrojados sin piedad, con una furia diabólica.

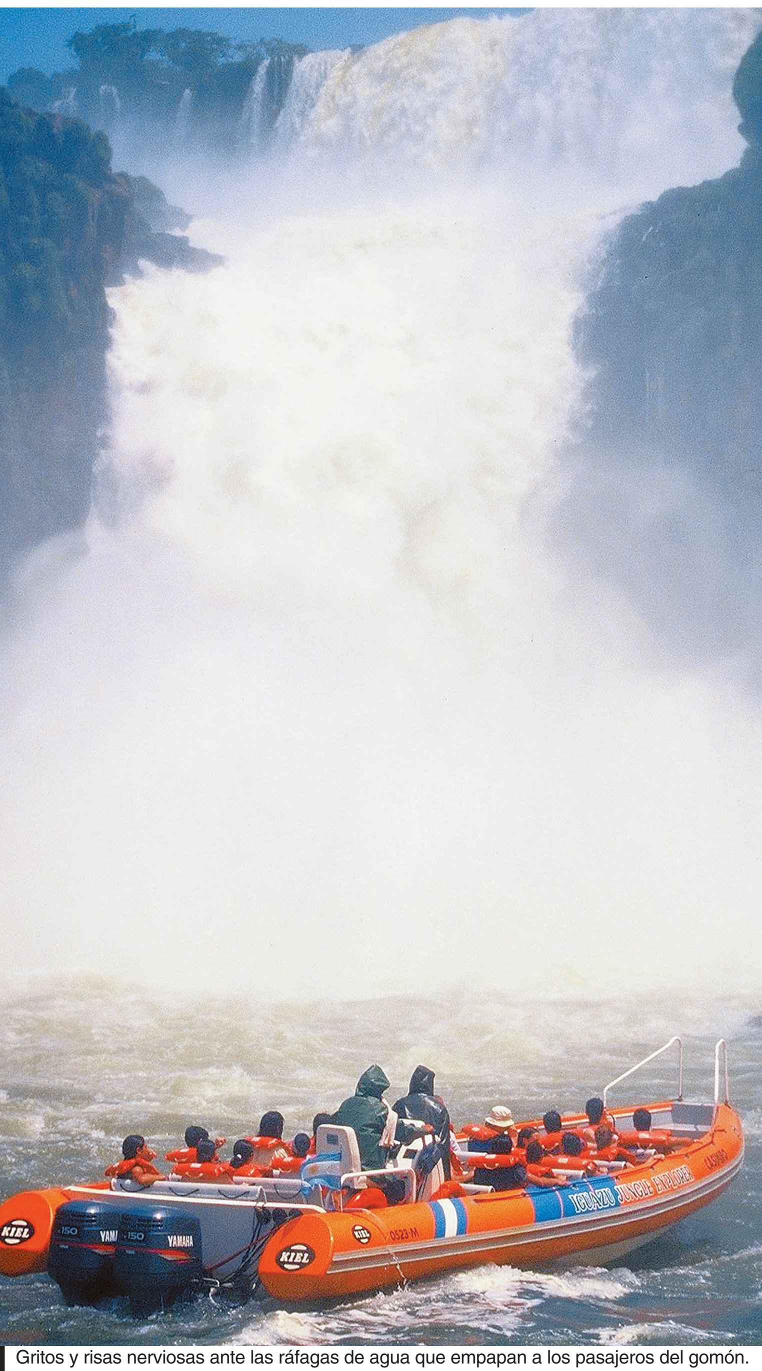

Los amigables coatíes misioneros se pasean ante los fascinados turistas.

RAPPEL Y TIROLESA Aquellos que deseen segregar grandes dosis de adrenalina pueden optar por las diversas excursiones de aventuras selváticas que se ofrecen en Cataratas. La jornada de aventuras combinadas comienza en un camión 4x4 sin techo y con capacidad para una docena de personas. Durante el recorrido inicial de 40 minutos pasamos junto a las humildes casas de barro y madera de algunos indios guaraníes. Los lagartos overos cruzan corriendo a toda velocidad frente al camión, y puede intuirse una fauna rampante oculta entre el follaje.

El paso siguiente es bajar a pie por una barranca hasta el borde de una catarata de 15 metros de altura, la cual descenderemos mediante la técnica de rappel, equipados con un arnés y un casco. Lo más difícil es atreverse a comenzar el rappel en la catarata y echar el cuerpo hacia atrás formando un ángulo recto con la pared de roca. Luego, sólo se trata de bajar dando breves pasitos, ya que en este caso se practica un rappel simplificado, con un ayudante sosteniendo una cuerda desde abajo. Superado el trance inicial comienza el descenso y todo resulta más fácil. Pero cerca del final sobrevienen nuevas complicaciones porque ahora el chorro de agua nos da frontalmente en la cara. Así, a ciegas y a sordas, culmina esta aventura pasada por agua.

La experiencia más original que nos depara esta excursión combinada consiste en treparse a un árbol de 30 metros mediante una escalerilla colgante –asegurados con una soga– para luego cruzar suspendidos de un arnés hasta otro gran árbol situado a 100 metros de distancia. Al trepar el árbol llegamos a una plataforma de madera ubicada en el punto más alto de la selva –donde nacen las lianas–, en lo que los biólogos denominan el estrato superior. El panorama desde este punto es totalmente distinto a cualquier otro que se pueda obtener de la selva, ya sea desde tierra o desde el cielo. Aquí estamos adentro del estrato más denso de la jungla, donde la espesura vegetal se asemeja a un burbujeo de color esmeralda.

Pero la plataforma no es un mirador; desde allí hay que saltar. Entre un árbol y otro el intrépido cruza colgado a una velocidad respetablemediante el sistema de tirolesa. Por lo general todos lanzan un alarido que retumba en la selva, acompañando la producción de adrenalina. Al llegar a la mitad del trayecto, las leyes de la física detienen el avance y el aventurero es atraído hacia el otro árbol por un ayudante que hace polea. Al llegar a la otra plataforma un instructor recibe a la persona y la sujeta a una soga para que descienda al estilo Tarzán, mientras el "simpático" ayudante la deja en caída libre por dos segundos, como si se hubiese cortado la soga. Y aquí sí, el vértigo se siente en la garganta.


Gritos y risas nerviosas ante las ráfagas de agua que empapan a los pasajeros del gomón.

DATOS UTILES

Dónde alojarse: Hotel Esturión (4 estrellas). Equipado con pileta, canchas de tenis, fútbol y voley, este hotel ofrece habitaciones dobles por $85 (con vista al jardín), $110 (con vista al río) y $125 la triple. Reservas al Tel. 03757-420100 e-mail: *information@hotelesturion.com.* Sitio web: *www.hotelesturion.com*

Excursiones de aventuras: Iguazú Jungle Explorer ofrece la excursión Gran Aventura (descripta en esta nota), que consiste en llegar hasta la Garganta del Diablo en un gomón. El precio es de $70 por persona. Las salidas son cada hora en el puesto de la empresa frente a la isla San Martín, a 100 metros del Sheraton. También ofrecen otras excursiones menos vertiginosas como un paseo ecológico en gomón que cuesta $15. Además hay programas especiales como el Pasaporte Verde, que incluye el Paseo Ecológico y la Gran Aventura ($80) y el Full Day Cataratas, que incluye el Paseo Ecológico y otro llamado Aventura Náutica ($42). Tel. 03757-421696 *www.iguazujunglexplorer.com* Iguazú Forest realiza la excursión por la selva que incluye 4x4, tirolesa y rappel. El precio es de $45 y hay salidas a las 8 de la mañana y a las 14 (4 horas de duración). Reservas: Mariano Moreno 58 (Iguazú). Tel. 03757-421140 Sitio web: *www.iguazuforest.com*

Dos almas y una misma tierra


Fachada de un edificio histórico del Gaslamp Quarter.

TEXTO Y FOTOS: GRACIELA CUTULI

La frontera entre México y Estados Unidos es uno de los puntos calientes de este mundo. Las ciudades que la jalonan forman una suerte de "no man's land" donde conviven las esperanzas de los unos con los miedos de los otros, las ilusiones con las paranoias, y donde todo termina demasiado a menudo de manera trágica. En el punto más al oeste, esta frontera separa Tijuana de San Diego, dos mundos radicalmente distintos pero a la vez muy parecidos. Las diferencias los unen y las similitudes los separan. Vista desde el lado norte de este muro invisible, Tijuana es la fuente de todos los males, de todos los abusos. Mientras tanto, San Diego es el espejismo donde van a estrellarse los sueños, pero del cual desde el sur parece imposible despegar la vista.

San Diego, último bastión del american way of life antes de México en la frontera californiana, tiene dos almas: una vive en el Gaslamp Quarter, el antiguo barrio de mala fama; la otra en su antiguo corazón mexicano.

Vista desde México, San Diego es la promesa de un mundo de abundancias y bonanzas, de centros comerciales coloridos y marinas con yates de lujo. Es uno de los símbolos de California y su estilo de vida, la exacerbación del "american way of life", ahora gobernado... por Terminator. Tiene una atmósfera de vacaciones eternas, con parques de atracciones y playas, pero junto a esta imagen superficial San Diego tiene también una memoria, en el centro histórico, y un alma auténtica, que hay que buscar en el distrito llamado Gaslamp Quarter, el Barrio de las Lámparas de Gas.

UNA DE VAQUEROS El Gaslamp Quarter se encuentra en el Downtown de la ciudad, cerca de los muelles de la bahía de San Diego. En medio de esta maraña de rascacielos, que forman el centro económico de esta urbe enorme extendida a lo largo de la costa desde la frontera mexicana hasta el Orange County y la aglomeración de Los Angeles, un par de cuadras conservan el aspecto que tenía San Diego en el siglo XIX, cuando era uno de aquellos típicos pueblos de frontera que se ven en las películas de vaqueros. No le faltaba nada: ni los prostíbulos, ni los pistoleros que hacían reinar el terror en las calles, ni siquiera los contrabandistas que comerciaban ilegalmente con México. Dieciséis manzanas escaparon al avance de los promotores urbanos, que reciclaron todo el centro a lo largo del siglo XX y convirtieron esta zona de la ciudad en un elegante centro comercial y de negocios, a pasos del litoral de la bahía.

Esta parte del viejo San Diego es la de los gringos. Del San Diego original, fundado por el monje Fray Junípero Serra en 1769, quedan algunos edificios restaurados y ambientados en un parque como saben hacerlo en Estados Unidos: un universo aséptico donde la historia se parece a una diversión firmada por Disney.

El Gaslamp, por suerte, conservó mejor su alma. Sus calles están enmarcadas por severos edificios de estilo levantados en ladrillo, algunos con torrecillas, otros con bow-windows y detalles en hierro forjado. En muchos de ellos, placas de bronce recuerdan episodios históricos del barrio, que vivió una vida agitada hasta 1970. La mayoría de los edificios eran casas de juego, burdeles y hoteles de dudosa clientela. El propio Wyatt Earp, el respetable comisario que revivió en las pantallas de cine gracias a Kevin Costner pocos años atrás, fue gerente de una casa de juego en el barrio en torno de 1880.

Hoy día, no hay más pistoleros en las elegantes calles bordeadas de restaurantes y de hoteles, pero por las noches y por la mañana, cuando las calles tienen poco tránsito, surge toda una fauna de dealers y sus respectivos clientes, cómodamente apostados en las esquinas, como si eltiempo se hubiera quedado fijado un siglo atrás, en las décadas de mala fama. El Gaslamp, al fin y al cabo, está demasiado cerca de la frontera...

CALIFORNIA MADE IN MEXICO El viejo San Diego se encuentra a unos seis kilómetros del Downtown y Gaslamp Quarter. En medio de un parque cuidado hasta en sus más mínimos detalles, los viejos edificios ocultan su edad bajo una puesta en escena que hace pensar más en un parque de diversiones que en un legado del pasado. En torno de la plaza y del antiguo edificio de la guarnición mexicana se levantan casas de madera, una vieja escuela, la sala de redacción e imprenta de una de las gacetas que circulaban en el oeste salvaje, la reconstrucción de un negocio de ramos generales y el museo Junípero Serra. Este último en particular recuerda la historia de San Diego y de las primeras expediciones españolas a California. Levantado en 1929, traza la historia de las misiones que fueron los primeros centros de civilización occidental a lo largo de la costa californiana, desde el actual México hasta el norte de San Francisco.

Y así como el Gaslamp Quarter tiene su centro comercial, el Barrio Histórico tiene el suyo. Se llama "Bazar del Mundo": en una reconstrucción de un pueblito mexicano se entremezclan negocios de souvenirs y artesanías con casas de comidas, donde por supuesto las especialidades del otro lado de la frontera están a la orden del día (y la variedad de especias picantes parece infinita). El decorado es muy distinto: aquí se respira un ambiente muy latino, radicalmente opuesto a la superficial cordialidad que prevalece en el San Diego "gringo".

Sin duda, quien viaje a San Diego no se perderá tampoco el zoo (uno de los más famosos de Estados Unidos), el parque marino y las playas. Un paseo por la California de hoy, que Junípero Serra no hubiera podido imaginar ni en sus más extravagantes sueños. Tampoco lo hubiera imaginado Wyatt Earp, aunque San Diego sigue cultivando un lado sulfuroso que los promotores de los elegantes barrios costeros tratan de esconder. Es que, de algún modo, San Diego sigue siendo la misma ciudad de frontera del pasado y en algún rincón de su memoria sigue guardando la nostalgia de sus tiempos españoles y mexicanos.